EDUARDO WILDE

REMEDIOS LITERARIOS

REMEDIOS LITERARIOS

Eduardo Wilde



Eduardo wilde

Remedios literarios



Eduardo Wilde

Nació el 15 de junio de 1844 en Tupiza, Bolivia. Fue médico, periodista, político, diplomático y escritor de origen argentino, reconocido como uno de los exponentes de la llamada Generación del 80.

Estudió Medicina en la Universidad de Buenos Aires y ejerció su carrera en Argentina, además, en paralelo, realizó publicaciones relacionadas con el sector salud. Ocupó diversos cargos políticos: diputado de la Legislatura de Buenos Aires (1879), ministro de Justicia e Instrucción Pública (1882-1886), entre otros. Además, en su labor de ministro plenipotenciario, residió en España y Bélgica, y recorrió Europa y Oriente debido al cargo diplomático que desempeñaba. Escribió en importantes diarios de la época, laboró como docente y catedrático, y fundó el Instituto Pasteur. Entre sus obras destacan *Viajes y observaciones* (1892), *Por mares y por tierras* (1899), *Prometeo y Cía* (1899), obra donde figuran sus reconocidos relatos «Tini» y «Tiempo perdido», entre otras.

Falleció el 5 de septiembre de 1913 en Bruselas, Bélgica.

Remedios literarios
Eduardo Wilde

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

TINI

—¿Cómo va la enferma? —dijo el médico, entrando a una pieza en la que varias personas hablaban en voz baja.

—No está bien —contestó una de ellas.

—Perfectamente —repuso el doctor y penetró con precaución en la habitación contigua, que era un espacioso dormitorio bien amueblado y dotado de cortinas dobles, alfombras blandas y lujosos adornos.

Una lámpara opaca alumbraba escasamente con su luz indecisa el aposento, cuya atmósfera denunciaba la presencia de perfumes y la permanencia de personas cuidadas; había olor a recinto habitado por dama distinguida.

La enferma se hallaba acostada de espalda, en un lecho limpio y acomodado.

Su semblante estaba pálido, sus labios algo descoloridos. Una cofia blanca aprisionaba sus cabellos, una bata bordada cubría su pecho; sus manos finas, blancas y suaves salían de entre un capullo de encajes que parecían un montón de espuma. Había en su persona un poco de esa coquetería permitida que tienen todas las

mujeres de buena cuna y que ostentan aun cuando estén enfermas.

El doctor, mirando fijamente a la dama y tomándole la mano, medio en uso de su profesión, medio en forma de saludo, preguntó:

—¿Cómo ha pasado el día la señora?

—Mal, doctor, he sufrido mucho; me duele todo; deme algo que me calme: ¡qué falta de compasión venir a esta hora!

—Señora, la mejor visita se deja para el último, como los postres. Es necesario buscar la estética aun en el desempeño de los más dolorosos deberes.

—Usted tiene siempre disculpas.

—Y usted jamás tiene necesidad de ellas.

—Cúreme y le perdonaré su indolencia.

—Usted será atendida con toda la prolijidad de la que yo soy capaz.

En seguida hizo un interrogatorio detenido y explicó sus prescripciones.

Junto a la cama de la enferma, recientemente madre, había una cuna y en ella dormía sus primeros días un niño robusto, envuelto en mil bordados.

El médico se acercó a él y después de observarlo un rato, dijo:

—¡Será un famoso guardia nacional si la naturaleza lo permite!

—Si Dios quiere, diga, doctor —objetó la dama.

—Bien, si Dios quiere; en materia de creencias tengo las de mis enfermas más distinguidas.

El doctor se retiró, y la madre del niño se quedó reflexionando en el correctivo puesto por su médico al augurio relativo al recién nacido.

La enferma se restableció pronto, y el niño durmió mucho, lloró poco y se alimentó a satisfacción en los días y los meses siguientes.

La madre lo cuidaba con esmero, no se separaba de él durante el día y todas las noches se sentaba en la cama para mirarlo largo tiempo.

Cuando el niño suspiraba, la madre se sentía agitada, y cada tos y cada estremecimiento del pequeñuelo querido producía una alarma, pues el augurio del doctor con su correctivo trotaba con singular insistencia durante las largas horas de vigilia en la cabeza de la madre.

Mientras tanto, el objeto de tales inquietudes continuaba durmiendo sus días enteros y sus noches completas. Cuando no dormía, tomaba el pecho.

¡Jamás se vio niño más dedicado a esas dos ocupaciones!

A los diez meses dijo «mamá»: la casa se puso en revolución; después dijo «papá»: un criado corrió a buscar al aludido a su escritorio para anunciarle la gracia. Más tarde se paró y dio algunos pasos, estirando los brazos para agarrar las manos que le ofrecían.

En estos primeros ensayos recibió el nombre de Tini.

¿Qué quería decir Tini? Nadie lo supo; pero el apodo se quedó como nombre.

Tini comenzó a caminar y a conversar.

Se dio muchos golpes y dijo mil barbaridades graciosísimas y comprometedoras; por ejemplo, llamaba *papá* a todo el que veía con barba larga, y su verdadero padre solo obtuvo el título legítimo a través de un montón de juguetes y caramelos regalados.

Tini era muy lindo; lo pedían del barrio para mirarlo y más de una vez, en sus excursiones, hizo de las suyas.

Un día Tini estuvo de mal humor; su mamá dio por causa que tenía la boca caliente y que apretaba las encías.

Con este motivo, los dedos de todos los habitantes masculinos y femeninos de la casa entraron en la boca de Tini, hasta que el índice del papá, sucio de tabaco, descubrió un conato de dentadura.

Tini echó un diente, no sin un gran conflicto en el barrio y serias consultas al médico.

Escenas análogas se repitieron durante algún tiempo, y Tini presentó por fin una dentadura de ratón, chiquita, cortante, graciosa, que se mostraba sobre todo seductora en las sonrisas de su boca rosada.

Inútil es añadir que de allí en adelante Tini obtuvo el privilegio de morder los dedos que se aventuraban en exploraciones peligrosas y de desblocar todos los pedazos de carne que le caían a la mano. Solía también mascar las cabezas de los soldados de palo que le compraban; tales atentados motivaban invariablemente una visita médica.

El adorado y consentido Tini era sublime de impertinente, y sus audacias increíbles para decir las cosas más crudas con el mayor aplomo, solo tenían su explicación en su inocencia singular respecto a las conveniencias sociales.

Verdad es que cuando comenzó a hablar con metáforas ininteligibles y a encontrar símiles solo tenía dos años y medio.

A pesar de sus franquezas y paradojas, Tini gozaba del cariño de todos, y niños, mujeres, viejos y jóvenes se disputaban su amistad y sus caricias.

Su cara y su cuerpo eran una perfección, su carne era la más fresca de la naturaleza, su piel la más blanca, sus muslos duros y llenos, sus manos blandas, chicas, finas, con los dedos doblados hacia el dorso.

¡Qué cabeza, qué pelo, qué ojos y qué boca! ¡Si daba ganas de comérselo a besos!, como decían las muchachas más expresivas del barrio.

La boca principalmente era una delicia; tenía gusto a leche con azúcar y causaba el tormento de su dueño, quien tras de cada beso se limpiaba los labios con el brazo en prueba de disgusto.

Toda su ropa se parecía a él y lo recordaba: sus botines, sobre todo, eran adorables: gastados en el talón, algo torcidos y rotos a la altura del dedo grande; eran toda una historia de las mil ambulancias infantiles de su dueño.

Al mirarlos tirados en cualquier parte, la imaginación los rellenaba con el piececito del niño, y uno veía asomar su dedito rosado por el agujero de la punta.

Tini progresaba diariamente y su inteligencia tomaba formas caprichosas y trascendentales.

A la edad de cuatro años emprendió una reforma capital de la gramática y atacó, desde luego, los verbos irregulares, con un encarnizamiento incomparable.

No decía «hecho» por nada de este mundo, sino «hacido»; el verbo «jugar» en su presente de indicativo, era para él como sigue:

Yo jugo/ vos jugás/ el juga/ nosotros jugamos/ ustedes jugan/ ellos también jugan.

En efecto, ya que el verbo no es «juegar» sino «jugar». Tini tenía razón contra la Academia que permite una barbaridad tan inútil.

Pasando los días, llegó un cumpleaños de Tini; varias aves fueron muertas y preparadas para la comida; los parientes recibieron su invitación oportuna. El niño anduvo tras de las personas que se ocupaban de los preparativos, pero con cierta indolencia que no le era habitual.

En la mesa estuvo caído, descontento y haciendo esfuerzos, el pobrecito, por ser cariñoso con los que lo festejaban. Pidió levantarse antes de los postres y, sin atreverse a abandonar la agradable compañía, buscó un término medio entre sus deseos y su malestar acostándose en un sofá.

La mamá comenzó a inquietarse aun cuando se explicaba el caimiento del niño por lo agitado del día y por el cansancio consiguiente.

Las visitas se despidieron; Tini puso su mejilla o su boca, según el grado de afección, para que fuera besada, y ganó pronto su camita, en la que se durmió en el acto.

Su sueño no fue tranquilo; la respiración parecía anhelosa; silbaba mucho por la nariz y se daba vueltas con frecuencia. Una mano sana puesta sobre la frente de Tini habría notado un ligero aumento de calor.

El silencio se había hecho en la casa, pero había un sitio en que comenzaba a levantarse una tormenta: el corazón de la madre; hubo unos ojos que no se cerraron y un cuerpo estremecido que se revolvía en el lecho sin encontrar reposo.

A eso de las doce de la noche, una figura fantástica proyectaba su sombra en las paredes.

La madre se había levantado y se acercaba en puntas de pie a la cama del niño.

Si yo fuera pintor y quisiera pintar un cuadro que representara la fórmula de todas las inquietudes humanas, pintaría una madre en camisa, con una vela en la mano, observando el sueño de su hijo, cuando teme que le sobrevenga alguna enfermedad. ¡Cuánta preocupación diseñarían sus facciones, cuánta zozobra y ternura mostraría su semblante, cuánto temor descontado sobre la previsión de una futura desgracia!

La madre de Tini parecía la imagen del dolor y la ansiedad. Estuvo un rato mirando a su hijo, suspiró profundamente y se retiró con un millar de desdichas engastadas en el alma.

Tini se despertó de repente y quiso quejarse, cuando le sobrevino una tos ronca y repetida.

Cien veces dijeron crup en el oído de la madre, los ecos repitieron crup, las sombras de las cortinas, de las

molduras y de los adornos de la habitación, proyectadas por la luz escasa de la lámpara, escribieron epitafios sobre los muros; la palabra crup se difundió por toda la casa, llenó la atmósfera, penetró en los últimos resquicios y heló las entrañas de la pobre madre.

Crup dijeron los ruidos misteriosos de la noche; crup decía el viento que soplaba sus lamentos por las rendijas de las puertas; crup repetían los cascos de los caballos que pasaban de tiempo en tiempo, arrastrando los pesados coches por las calles silenciosas; crup decían la péndola del reloj y el crujido de los muebles; crup, crup, murmuraba el roer de los ratones tras de los zócalos de las piezas; crup secreteaban las hojas de los árboles que se mecían en los patios; crup gritaban las veletas de los edificios vecinos, y hasta las estrellas que chispeaban en los cielos, mandando su luz temblorosa a través de los vidrios, ¡parecían encender sus cirios para velar el cuerpo de un ángel muerto de crup!

Crup dijeron las aves que pasaban en bandadas y los aleteos de los pájaros en sus jaulas; crup pronunciaban las olas que chocaban en las costas; crup vociferaban los golpes en las puertas de los habitantes retardados; crup

roncaban las voces de los ebrios en las calles, y crup, crup preludiaban los músicos ambulantes que buscaban un pan y un cobre martirizando sus instrumentos en la noche callada.

Cuando todo en la naturaleza hubo dicho crup, la madre de Tini dio un grito estridente, desesperado, y saliendo de su cama se paró rígida en medio de la habitación.

La casa se puso en movimiento, todos sus habitantes se levantaron y corrían desatinados de un lado a otro. Se mandó en busca del médico; este llegó pronto y observó al niño con profunda atención, con mirada intensa, con imperturbable quietud. La madre buscaba adivinar en el semblante del doctor su pensamiento; pero este se guardó bien de darle formas por temor de que sus aprensiones fueran traducidas; su fisonomía no dijo nada, su actitud dijo reserva, pero los latidos de su corazón se perturbaron más de un momento en su ritmo vitalicio.

Tini miraba atónito la escena, y con cariño y curiosidad a su amigo el doctor.

Había en la cara del niño algo extraño; su expresión era entre seria y triste; no demostraba dolor, pero alejaba la idea de bienestar; alguna sombra rara, indecisa, alarmante, se paseaba por su rostro pálido.

La noche se pasó en zozobras y cuidados; el niño dormitaba de tiempo en tiempo; el médico observaba los progresos del mal y propinaba él mismo sus inciertos remedios. La tos ronca del pequeño enfermo se repetía con más frecuencia; sus palabras, antes tan graciosas y sonoras, salían oscuras y veladas de su garganta. «¡Mamá, —decía, estirando sus bracitos redondos—, no me duele nada, no llores!», pero su inquietud mostraba su mal y su respiración parecía un suspiro continuado. La madre se ahogaba, los sirvientes lloraban, el luto y la tristeza se esparcía por toda la casa.

Al otro día un pequeño alivio se inició.

Tini pidió sus juguetes predilectos: su tambor, su corderito, su polichinela y sus soldados. Pronto se cansó de acariciarlos, sin embargo, los empujó al borde de la cama como si le incomodaran: solo el polichinela, con sus platillos levantados, obtuvo el privilegio de acostarse a su lado.

Más tarde la respiración se hizo anhelosa, volvió la inquietud; hubo varios accesos ligeros de sofocación; el llanto apareció de nuevo en todos los ojos, varios médicos examinaron a Tini y él soportó con mansedumbre angelical aquellas molestas investigaciones. Después, como quien pensara que todo era inútil, al ver acercarse a los médicos armados de cuchara, instrumento al cual ya miraba con horror, se daba vuelta desesperado y gritaba con voz ronca y lastimera: «¡Basta, mamá!».

El corazón de la madre se desgarraba, sus lágrimas corrían a torrentes y con su mano temblorosa apartaba la del médico que iba a martirizar a su hijo.

Nunca mayor dolor penetró en pecho humano, jamás zozobra igual desgarró más cruelmente las entrañas de mujer alguna.

Se habló de peligro inminente, de remedios heroicos y de operación; pero la confianza, esa tabla de salvación de todos los infortunados de la Tierra, había desaparecido de todos los pechos.

Las conversaciones se pararon, las comunicaciones intelectuales no tuvieron ya otra expresión que la mirada,

y los ojos investigadores no hacían más que preguntas sin esperanza, ni obtenían más que respuestas dolorosas.

A la noche siguiente, la operación fue decidida. El cuerpo de la madre, desarticulado y deshecho, fue arrancado de la habitación donde Tini tramitaba sus momentos de vida.

—¡Pobre Tini!

Con sus ojos abiertos desmesuradamente y su rostro asombrado, fue colocado sobre una mesa con la cabeza echada hacia atrás y el cuello tendido. El doctor, sin mirar la cara de su tierno mártir, pues no habría podido mirarla sin vacilar, hizo rápidamente una herida en el sitio elegido... se oyó un estertor de agonía...

—¡Muerto! —gritaron los asistentes... la sangre corrió mansamente por los lados del cuello del niño... los médicos silenciosos no se inquietaron; en la herida se colocó una cánula por la que se proyectó con violencia un montón de sangre y de espuma. Tini desesperado se sentó llevándose las manos al cuello: ¡quiso gritar y no pudo! ¡No tenía voz! Su mirada fue, sin embargo,

más inteligente, respiró mejor y su débil cuerpecito se extendió de nuevo sobre su lecho de tortura.

Si hubiera palabras en algún idioma para describir el momento en que la madre de Tini volvió a ver a su hijo operado, yo intentaría bosquejar la escena, medir la duración de los abrazos infinitos, contar las caricias imprudentes, desesperadas y dementes, enumerar los besos, recoger los suspiros y mostrar la tensión del llanto sujeto tras de los párpados por la intensidad de sentimientos contradictorios.

Pero no hay tales palabras. La naturaleza ha puesto la expresión de los inmensos dolores fuera del alcance del lenguaje articulado, entregándose a la música y a la pintura. Para sentir no basta entender, es necesario oír y ver.

El padre de Tini se paseaba en las habitaciones sin preguntar, sin hablar, sin escuchar, consumiéndose en el incendio de su tormento interno.

Cuando se organizó la asistencia consiguiente a la operación; cuando los médicos se retiraron; cuando la casa continuó su monotonía de dolores, las horas

continuaron pasando, marcadas por la indiferencia de los relojes y los conflictos de las curaciones.

El sueño había huido de todos los cerebros; los practicantes que cuidaban al niño caminaban cautelosamente por la pieza: ¡el menor ruido era una sorpresa, la menor palabra un sobresalto!

La niñera de Tini, sentada a los pies de la cama, ocultaba su rostro entre sus manos y escondía su dolor anónimo y menospreciado como todo pesar de sirviente. ¡Su Tini, su adorado Tini, no la hablaba, no la veía, no le estiraba los brazos como lo hacía siempre!

El día pasaba silencioso y la noche tristísima. La cabeza de Tini esparcía sus rulos de oro sobre la almohada mojada, y su pobre cerebro, envenenado por la enfermedad, comenzaba ya a enloquecerse y a mostrar a su conciencia desorientada, las fantasías del otro mundo con los detalles de este, mezclados, tergiversados, increíbles.

Cuando la aurora apuntaba, su luz indecisa, gris primero, blanca después, pasaba por los postigos entreabiertos, y advirtiendo a la lámpara que su tarea

penosa de alumbrar durante la noche había concluido, iba a herir la pupila del niño con sus caricias cristalinas y sus besos transparentes.

Hacía frío en la alcoba; la luz del día traía cosas horripilantes del horizonte, y sus rayos bañados en las aguas de los mares helaban con su lujo de vida los corazones de cuantos presenciaban aquellos preparativos de tragedia, tras de una noche de desvelo.

¡Qué días y qué noches tan tristes se pasaban en el lúgubre aposento! ¡Qué horas tan largas y tan desiertas! El silencio parecía el acompañamiento solemne del pesar que extendía sus alas sombrías, y los ruidos inciertos, uno que otro crujido de muebles, alguna ligera oscilación de las puertas sobre sus goznes, el estallido de una burbuja de aceite en la pequeña lámpara o el choque repentino de algún insecto atolondrado contra las paredes, eran interrupciones sin cadencia que tomaban las proporciones atronadoras de una explosión en las soledades de aquel mar de aflicciones.

Los espejos parecían meditar melancólicamente sobre las imágenes deslustradas que reflejaban; los armarios entreabiertos dejaban ver en su fondo semioscuro las

ropas ajusticiadas, cuyos cadáveres colgaban de las perchas; las cortinas diseñaban en los muros figuras fantásticas, y las molduras y los adornos proyectaban sombras de caras grotescas o de esfinges extrañas, sobre las cuales se fijaba con tenacidad la imaginación apesadumbrada de las personas que hacían su guardia a la cabecera de Tini.

Una mosca grande, impertinente, exótica, desafiaba a veces las persecuciones más bien combinadas de los asistentes, y con una insistencia digna de mejor propósito daba vueltas zumbando alrededor de todas las cabezas, inquietándolas con su aleteo sonoro y musical; de repente se paraba, luego comenzaba de nuevo su prolija tarea; se alejaba, volvía, se asentaba en un objeto, se levantaba y repetía su paseo circular modulando sus óperas abstrusas, hasta que tomaba rumbo hacia una puerta y se escapaba satisfecha, como si acabara de encantar a su auditorio.

La atmósfera del aposento quedaba cargada con el bordoneo del insecto y parecía mantener en conserva algún mensaje lamentable dicho por una comadre malintencionada.

Y luego continuaban los silencios y los ruidos, las luces y las sombras, las caras y las esfinges, aterrorizando la imaginación y girando lastimeramente en torno del niño enfermo.

¡Pobre Tini! Entre un letargo y otro letargo, él veía cambiarse los personajes de la escena: unos entraban, otros salían, algunos permanecían estáticos y serios como senadores petrificados, o bailaban contradanzas haciendo figuras al compás de una música que no se oía.

Los ruidos de las calles comenzaban luego a amontonarse en la atmósfera y penetraban poco a poco hasta la cama de Tini, solitarios primero, juntos y en tropel después, hasta que su número y su mezcla producía un rumor uniforme, monótono, sin articulación ni timbre.

El farol del patio que había mirado con su ojo amarillo durante toda la noche a través de las persianas el doliente cuadro, urgido por la economía doméstica y la competencia insostenible de la luz solar, se vio obligado a dejar de pestañear con su gas a medio foco, y sus fajas penumbradas, que desde las paredes del cuarto acompañaban a los veladores, se borraron de golpe, dejando en ellos la tristeza de una innovación.

Y a la plácida aurora, y al sol naciente y a los nublados de la tarde sucedían el crepúsculo, la oscuridad de la noche, la semiluz de las estrellas o la serena reflexión de la luna que con su cara bruñida se levantaba lentamente hacia los cielos.

Las horas pasaban unas tras otras, con su número de orden a la espalda, en series por docenas, marcadas como camisas de gente metódica y llegándose al infinito las desgracias que sucedieron en ella, sin dar vuelta jamás la cara, para mirar la mísera tarea de sus compañeras; las horas pasaban prendidas las unas a los faldones de las otras, con su paso uniforme, como soldados de teatro, sin pararse ni acabarse jamás.

La número seis o siete de la segunda serie, que había visto esconderse el sol tras de los edificios, con su cara roja como la de un enfermo de escarlatina, entraba en el cuarto de Tini envuelta en el crepúsculo, a pedir que encendieran las luces y pusieran un punto brillante en el vaso de aceite, donde iba a navegar toda la noche un disco de porcelana con una mecha microscópica.

Los ojos de Tini, medio empañados ya, veían los círculos difusos de aquella luz clandestina que alargaba y

acortaba sus rayos en un eterno juego sin consecuencia y sin destino.

Los ruidos de la calle se hacían cada vez más raros y se presentaban más separados. La voz de los vendedores se alejaba; el fragor de los vehículos disminuía, y solo de tiempo en tiempo un coche apurado atronaba los aires raspando el pavimento.

Ruidos, luces, olores, todo llegaba a Tini como si viniera de otro mundo, y su cabeza desvanecida poblaba de fantasías increíbles ese cosmos de sensaciones.

Los médicos entraban, observaban, conversaban, ordenaban y salían silenciosos.

Solo uno, el de la casa, se quedaba más tiempo junto a la cama de Tini. Su jovialidad había desaparecido, su ciencia había medido el abismo y su corazón de hombre se impresionaba ante aquella desolación inevitable.

—¡Doctor, mi hijo se muere! —le decía la madre de Tini. «Se muere», repercutía como un eco en el pecho del médico, pero sus labios no proferían una palabra.

Tini ya no conocía, su cerebro preparaba voluptuosidades de otro mundo; sus rulos continuaban esparcidos sobre la almohada, y solo la cánula, sujeta a su garganta, daba indicios de vida, roncando flemas y sosteniendo artificialmente una existencia que se extinguía.

Por fin sus manos comenzaron a enfriarse; pequeñas esferitas de sudor helado brotaron en su rostro pálido, un movimiento convulsivo pareció iniciarse; hubo un momento de quietud extrema... Tini hizo un esfuerzo supremo para incorporarse; no pudo, abrió sus grandes ojos, miró fijamente la luz de la lámpara, estiró los brazos hacia su mamá y los dejó caer de nuevo; la cánula dio su último ronquido y...

¡Las horas continuaron pasando con su número de orden, marcadas como camisas de gente metódica!...

¡Es una felicidad morirse en la estación de las flores! El cajón de Tini iba literalmente cubierto de ellas, y la mano callosa del sepulturero deshizo más de una corona al tratar de llenar su función municipal. ¡Y qué bueno es vivir en un pueblo donde hay carruajes de todas clases y de todos precios; empresarios de diligencias, de ómnibus

y de coches fúnebres; de coches fúnebres, sobre todo, para casados, para solteros, para viejos y para niños!

¡Qué gran ventaja poder llevar un buen acompañamiento y que hasta los caballos y los vehículos se vistan de luto o se adornen con penachos blancos! ¡Cómo retrata esto los sentimientos humanos! ¡Un llamador con tules negros, un cuadro de Mefistófeles cubierto de merino, una vela de estearina con corbata oscura, y hasta las teteras con capuchón de duelo son la expresión más seria del pesar por la pérdida de un deudo!

Las teteras, principalmente, ¡qué té tan amargo hacen cuando están de luto!

Y si ustedes vieran con qué desgano comen su limosna de pasto averiado los caballos de las cocherías cuando vuelven del cementerio, comprenderían la aflicción que los oprime y se explicarían el aspecto dolorido que ofrecen cuando cojean su trote de alquiler, balanceando sus penachos por las calles y caminando sin ojos delante de un catafalco con ruedas.

Y los cocheros sentimentales de los acompañamientos, que han aprendido a afligirse por el fallecimiento de

todos los desconocidos, o por la tarea monótona de transportarlos por el mismo camino y con el mismo paso, ¡qué pesar insólito manifiestan en sus sombreros abollados y sus guantes de algodón, mientras metodizan su marcha, gestionando la última cuenta de su patrón, tras del deudor que llevan a enterrar, junto con las coronas de siemprevivas, marcadas con una calumnia de terciopelo negro que dice:

«¡Eterno recuerdo!».

Tini, ¿dónde estás? Cuando corre una estrella por los cielos y cae para hundirse en los mares, ¿tú viajas en ella? Cuando las hojas de los árboles de tu casa hablan en voz baja con el viento, ¿dicen algo de ti? Cuando mi corazón se oprime al ver un niño rubio como tú, ¿es tu mano pequeña la que me lo aprieta desde el otro mundo? Cuando se evaporan las lágrimas que tu muerte ha hecho derramar sobre la tierra, ¿el pesar que disuelven llega hasta ti? ¿Dónde estás, dime? ¿Habré de morir para verte?

¡Pobre Tini! Las flores de su cajón se han secado hace tiempo, las letras de su nombre se han carcomido, todo está viejo a su lado, pero el sepulcro que tiene en el seno materno se conserva nuevo y perfumado.

Su pelo está en muchos relicarios, su ropa está guardada cuidadosamente, y uno de sus botincitos extraviado, que ha sido descubierto en una cómoda antigua, un año después de no haber ya tal Tini sobre la tierra, ha producido una escena conmovedora y dolorosa; la imaginación de la madre lo ha llenado con el pie de Tini, y la niñera asegura que, al ver esa reliquia, ha visto al mismo Tini con el botín amoldado, duro y torcido, mostrando su dedo rosado por el agujero de la punta.

Sus juguetes yacen escondidos; el polichinela se ha quedado en el fondo de un mueble con los brazos tiesos y los platillos levantados; el tambor y los soldados están rotos y ¡ya ningún niño jugará con ellos!


LLUVIA

No hay tal vez un hombre más amante de la lluvia que yo.

La siento con cada átomo de mi cuerpo, la anido en mis oídos y la gozo con inefable delicia.

La primera vez que según mis recuerdos vi en conciencia llover, fue después de una grave enfermedad, en mi infancia.

Había tenido la grandiosa, la terrible fiebre tifoidea, ese modelo de infección simpática, a pesar de sus horrores.

Me acuerdo todavía de la tarde en que me sentí ya mal, de la situación de mi cama, del aspecto del cuarto vacío de muebles, de su aire frío y del número de tirantes del techo sin cielo raso.

Estuve cerca de cuarenta días enfermo y mis percepciones fueron, por lo que recuerdo, confusas y sin ilación. Me quemaba sin poder sudar, y pasaba horas enteras en pellizcarme los labios cubiertos de costras, sacándome sangre al arrancarlas. Percibía todo, pero como si fuera yo otra persona siendo ante mi juicio un desterrado de mí mismo. El tiempo era eterno, y en sus marchas infinitas yo tomaba brebajes perdurables, todos

con igual gusto, siempre amargo. Soñaba cosas increíbles, siendo a mi juicio sueños las realidades y realidades los sueños. Oía los ruidos con mis propios oídos, pero como si estos me hubieran sido prestados y no supiera manejarlos. Veía los objetos o muy lejos o muy cerca; cuando me sentaba, todo daba vueltas y, cuando me acostaba, mi cama se movía como un buque. Paseaban en mi cuarto animales silenciosos y muebles con vida. Las personas de mi casa me parecían recién llegadas y extrañas. Un día me sangraron; al sentir la picadura de la lanceta y ver la sangre, me desmayé. Cuando volví en mí, cerca de mi cama estaba parada mi madre con su cara pálida y seria: era una estatua.

El médico me miraba con aquella dulce atención tan propia de su oficio; su fisonomía no expresaba nada; yo lo tomé por un hombre tallado en madera, como un santo sin pintar que había en la iglesia. No me acuerdo haber tenido dolores durante mi enfermedad. La naturaleza en los graves estados nos dota sin duda de una melancolía y suave insensibilidad destinada a mitigar los sufrimientos.

Poco a poco me fui restableciendo.

Apenas tuve permiso para dejar la cama, me miré en un espejito redondo como esos que usan los viajeros (siempre he sido un poco presumido) y, en lugar de las mejillas abultadas y coloradas que tenía antes, encontré dos huecos pálidos y chocantes; fui a pararme y me faltaron las fuerzas: llevé mis manos a las pantorrillas y no halle nada, no tenía tales pantorrillas. ¿Y mi pelo rubio y ensortijado, qué se había hecho?

No tenía muslos, ni vientre, ni estómago; no tenía nada; todo se lo había llevado la fiebre. «Pero que busquen a la fiebre y le pidan que me devuelva mis cosas», me dio ganas de decir.

La fiebre me había dejado, sin embargo, un apetito insaciable, un hambre homérica y mortificantemente deliciosa, como pude observarlo en los días siguientes.

Si durante mi convalecencia hubiera oído a cualquier individuo decir que no tenía apetito, lo habría tenido por un audaz impostor y un gran hipócrita.

Yo soñaba con comidas y componía platos imaginarios con todo lo que uno podía llevarse a la boca. Si alguna vez tuve una idea clara de la eternidad fue entonces, al

considerar los millones de siglos que habían entre el almuerzo y la comida.

La convalecencia es una nueva vida. Uno nace de la edad que tiene al salir de su enfermedad y se siente vivir, bebiendo, aspirando, absorbiendo la fuerza que retoña; la vida tiene sabor, perfume, música y color; la vida es sólida, puede uno tocarla y alimentarse con ella.

La luz es más luz, el aire más puro, más fresco, más joven; la naturaleza es pródiga, risueña, alegre, coqueta, sabrosa, encantadora.

Los órganos asimilan el alimento con incomparable rapidez y se apoderan de su jugo con la energía del hambre para llenar las necesidades de la vida.

¡Convalecer es una suprema delicia!

La debilidad nos vuelve a la infancia y nuestros sentidos hallan en cada cosa la novedad y el atractivo que los niños le encuentran.

Ninguna mala pasión, ninguna de esas ideas insanas que son el sustento de la sociedad, germina en la cabeza

de un convaleciente; ¡él no quiere sino vivir, comer y descansar!

Se levanta tan pronto como puede para tomar el día por la punta, vive con gusto su vida durante unas cuantas horas y se acuesta después para dormir con un sueño profundo, robusto, intenso, dormido de una pieza.

Y luego las gentes son buenas, compasivas, las caras amables, hay sonrisas en todas las bocas para el restablecido que se deja adular, regalar, felicitar y cuidar, sin inquietarse siquiera con la sospecha de que sus contemporáneos no esperan sino verlo en buen estado para volver a agarrarlo por su cuenta y morderlo, despedazarlo e injuriarlo, como se usa entre hombres que se quieren y viven por eso en sociedad.

En fin, yo estaba convaleciente, pálido, flaco, sin fuerza.

¡Qué traza la mía! Yo era mi propio abuelo; un abuelito chico, disminuido, como si me hubiera secado y acortado; era mi antepasado en pequeño, un antiguo concentrado que no había comido nada durante muchas generaciones; mi apetito era del tiempo de Sesostris y yo

había estado en el sitio de Jerusalén; la conciencia de mi persona se confundía con las más remotas tradiciones y no podía entender cómo pudo llegar hasta mí la noticia de mi existencia, siendo como era, una momia mayor que sí misma y contemporánea de los mastodontes.

La enfermedad había retirado en mi memoria las épocas, y yo tenía por sensaciones todas esas paradojas disparatadas.

Conforme iba ganando en fuerza, los días eran más plácidos. Durante algunas horas me sentaba a recibir el sol que entraba en la pieza, y mi silla lo seguía en sus cambios de dirección hasta la tarde.

Nunca he visto sol más amable, más abrigado ni más cariñoso.

Verdad es que mi gloria se aumentaba con las delicias de una excepción legítima: no iba a la escuela y mis hermanos iban. No ir yo era por sí solo una bienaventuranza; que otros fueran era el colmo de la dicha. ¡Tan cierto es que nada abriga tanto como saber que otros tienen frío!

Un día no hubo sol, pero en cambio llovió; llovió a torrentes. El patio se llenó pronto de agua y las gotas saltaban formando candeleritos que la corriente arrastraba. Estas legiones de existencias fugitivas corrían como si estuvieran apuradas, al son de la música del aguacero, con acompañamiento de truenos y relámpagos. Había en el aire olor a tierra mojada, perfume inimitable que ningún perfumista ha fabricado, y revoloteaban en la atmósfera las luces de cristal de las gotas saltonas, cortejadas por el ruido inmutable, acompasado, monótono, variado, uniforme, caprichoso, metálico y líquido, propio solo de la lluvia.

Yo habría querido petrificar mis sentidos y que la feria continuara eternamente.

Allá lejos, en el horizonte limitado por cerros rojos o grises que punzaban el cielo con sus picos, el agua caía en hilos paralelos a veces o en torbellino, en polvo cuando el viento arreciaba, en bandas o fajas impetuosas según los sacudimientos de la atmósfera y, precipitándose por las hendiduras y las pendientes, llegaba roncando al río para enturbiar su clara corriente.

Las nubes viajaban en montones, arrastradas por caballos invisibles que el vívido relámpago apuraba tocándolos con látigos de fuego.

El cielo en sus confines semejaba un campo de batalla; el oído estremecido recogía el fragor de la pelea y los ojos seguían el fulgor de los disparos de la gran batería meteorológica.

¡Pobres viajeros con semejante lluvia! Mi imaginación los acompañaba en su camino por los desfiladeros, por los bañados, y los veía recibiendo el agua en las espaldas, con el sombrero metido hasta las orejas y llena de inquietud el alma; aquí atraviesan un río cuya corriente hace perder pie a los caballos, allí cae una carga, más allá se despeña un compañero cuya cabalgadura se espantó del rayo.

¡Pobres navegantes con semejante lluvia! Sobre la cubierta de la nave solitaria, que toma un baño de siento en el océano y recibe una ducha al mismo tiempo, corren los marineros con sus ropas enceradas a recoger las velas, mientras el capitán se moja las entrañas con ron en su camarote para que todo no sea pura agua. Las puntas de los mástiles convidan centellas, la lona se muestra indócil, la madera cruje y el buque se ladea hacia las ondas como

si fuera un sombrero de brigadier puesto sobre la oreja del mar irritado.

Solamente los mineros están a sus anchas con un tiempo tan hidráulico; sin ninguna noticia salen de su trabajo, negros de polvo de carbón o de metal y se sorprenden del caso acontecido.

¿Y las lavanderas? Nunca he podido explicarme por qué se apuran a recoger las ropas, juntarlas en atados y con ellas correr hasta su casa.

Cuando estaba yo en la escuela, tiempos duros aquellos, y comenzaba a llover, el maestro, un terrible maestro, se distraía o se dormía con el ruido narcótico del agua, y mi Catón, mi Robinson Crusoe y mi plana se retiraban al infinito. Yo solo existía para adormecerme con la elegía de la lluvia; una deliciosa estupidez se apoderaba de mi alma y ya podían pasar sin perturbarme Robinson y los Catones, mil generaciones de maestros y todas las planas juntas de la tierra.

Y veía como en sueños a los pobres diablos que pasaban por la calle chapaleando en el barro y pegándose a las paredes para evitar los chaparrones, o a los provistos de

paraguas que hacían un redoble al enfrentar las ventanas, merced a las gruesas gotas del tejado que, resbalando por la tela estirada, iban a colgarse de las varillas como lágrimas en una pestaña colosal.

¡No obstante, al salir de mi éxtasis me preguntaba por qué no daban asueto en los días de lluvia!

El aire era libre, los pájaros volaban a su antojo, el ganado pastaba sin restricciones en los campos, el agua corría por el suelo, buscando a su albedrío, o al de la gravedad, los declives. ¿Por qué todo esto no estaba en la escuela como yo, o por qué la escuela no era el campo; nosotros, las vacas; los libros, la yerba, y el maestro, un buey manso y gordo, semejante a esos aradores incansables e indolentes que miran con estoicismo la picana y con supremo desdén a los transeúntes?

Años más tarde, en el colegio, la lluvia solía venir a embargar mis sentidos y muchas mañanas, antes que sonara la fatídica campana que nos llamaba al estudio, me despertaba oyendo llover como si el agua hubiera trasnochado para estar ya lista a esa hora.

Mi pensamiento volaba entonces a mis primeros años; me cubría la cabeza con las frazadas y, mientras la lluvia cantaba en voz baja todas las elegías de la desdicha, mi delicia era representarme mi casa, las personas que conocí y amé primero, y mi propia figura correteando sin zapatos por el patio anegado.

Más tarde todavía, en el hospital, mientras estudiaba medicina, en mi cuarto húmedo y sombrío, la lluvia caía mansamente sobre los árboles de los grandes y solemnes patios, acompañando a bien morir a los que expiraban en las salas. La lluvia tristísima aleteaba entre las hojas, y el cráneo de algún pobre diablo, exnúmero de la sala tal y famosa pieza anónima del anfiteatro, me miraba con sus cuencas triangulares y oscuras como si quisiera entrar en conversación conmigo acerca del mal tiempo.

Alguna vértebra, unas cuantas costillas y otros huesos de difunto amarillentos, adorno indispensable de todo cuarto de estudiante, tiritaban de frío en un rincón o se estremecían al sentir trepar por un ratón de hospital, de esos ratones calaveras y descreídos que no saben lo que es la inmortalidad del alma y que viven entre esqueletos y cadáveres, contentos de la buena compañía.

Y mientras tanto el agua eterna, siempre agua, viajando de la flor al océano, de la fosa a las nubes y del vapor al hielo, continuaba su ruta, apurada por los fenómenos naturales, entonando su música en los mares, en los ríos, en las peñas, en los valles y por fin en los tejados, haciendo disparar a los gatos que, como se sabe, tienen una marcada animadversión contra ese líquido.

El agua eterna, siempre agua, sirviendo de espejo a los pastores en el campo, amontonando nieve en las cordilleras, haciendo trombas en los mares, regando las sementeras, hirviendo en algún tacho de cocina o lavando la cara de cualquier muchacho de cuatro años, pues todos los de esa edad tienen la cara sucia, continúa su ruta de la flor al océano, de la fosa a las nubes y del vapor al hielo.

El agua eterna siempre agua, empujando las locomotoras, haciendo navegar a los buques, surgiendo de los pozos artesianos, vendiéndose a precio de oro en todas las boticas, lavando las ropas en todo género de vasijas, entrando en la confección de las comidas, sirviendo para inyecciones higiénicas o ahogando gentes en las inundaciones, continúa su ruta bajo el imperio de

las fuerzas físicas, de la planta a los cielos o del corazón a los ojos para desprenderse en lluvia de lágrimas sobre las mejillas abatidas.

No tengo preferencia por determinado género de lluvia; me gusta la fuerte, la torrencial, la continua, la intermitente, la mansa y la inopinada, esa que toma desprevenido a todo el mundo en la calle, haciendo la delicia y el negocio de los vendedores de paraguas.

La niebla me encanta y la bruma me enamora. Y es mi delicia, durante un aguacero, contemplar el espectáculo que la ciudad ofrece.

El aire está fresco, la luz es tenue y delicada, no grosera como en los días de sol. Los edificios se lavan, el agua limpia las calles, los viandantes andan de prisa vestidos de fantasía, los carruajes se ponen en movimiento y van dando cabezadas a un lado y otro como quien opina de diferente modo; los carros de los vendedores atraviesan despavoridos las bocacalles provistos de su perro malhumorado, cuya misión es gruñir sin motivo a todo ser viviente que se acerca; los caballos trotan haciendo saltar chispas de diamante; las mujeres levantan

coquetamente sus vestidos y los célibes se enfilan para verlas, simulando esperar algo en retardo.

Quizá también un coche fúnebre, con su acompañamiento correspondiente, se dirige al cementerio, seguido de veinte carruajes con sus cocheros agachados, provistos de sus látigos a modo de pararrayo, todos iguales y dibujando la misma silueta oscura. En la casa mortuoria, las gentes vestidas de luto oyen en silencio la lluvia que canta acorde con sus sentimientos, cayendo gota a gota como si expendiera una plegaria al menudeo.

Los seductores, que fomentan el amor de las jóvenes obreras, hormiguean por los barrios lejanos y van a hacer su visita tierna por no poder emplear mejor su tiempo con semejante día.

En cualquier casa junto a la ventana, mirando pasar la gente y oyendo la lluvia que con sus dedos amantes golpea los vidrios, cosen distraídas dos hermanas, una mayor y otra menor (podrían ser mellizas): la menor es más bonita; la mayor, más interesante; las dos alzan la cabeza al oír el más leve ruido y suspiran si es el gato el causante. Entre ellas está la mesita con su hilo, sus tijeras,

su alfiletero y su pedazo de cera arrugada como la cara de una vieja, merced a las injurias del hilo, su mortal enemigo. El cuarto tiene piso de ladrillo; hay un brasero cerca de la puerta, en el cual murmura suavemente una caldera con aquella melancolía uniforme del agua que está por hervir al unísono con las voces interiores del sentimiento. Hay además en la pieza una cómoda de caoba, en cuyos cajones moran mezclados los cubiertos sucios, las ropas, una redecilla, dos o tres abanicos, varias horquillas y añadidos de pelo, una estampa de modas, la libreta del almacén, un borrador de carta amorosa que comienza con esta ortografía: «my Cerrido hamigo de mi qorason», y una multitud más de objetos de todas las épocas.

Sobre la cómoda se ve una cajita con tapa de espejo toda desvencijada, un libro de misa con las hojas revueltas que lo asemejan a un repollo, un florero roto con una vela adentro, un santo de yeso con la cara estropeada, un busto de Garibaldi, otro de Pío IX y, en el contiguo lienzo de pared, clavados con alfileres, los retratos en tarjeta de todos los visitantes de la casa, ostentando una variedad grotesca de modas y de actitudes: unos con pantalón largo y pelo corto; otros con pantalón corto y pelo largo;

unos con libro en mano y aire sentimental; otros tiesos como si fueran de madera y todos con aquel aspecto pretencioso que toman las gentes ante las máquinas fotográficas.

—¡Cómo llueve! —dice la menor.

—Hoy no viene —dice la mayor.

—¿Por qué? Siempre que llueve, viene.

La lluvia hace una pausa, y la conversación, otra; se oye ruido de pasos y de gotas de tejado sobre género tenso.

Y la imagen de la lluvia, con el paraguas cerrado, la levita cerrada, el cuello cerrado y el corazón y el estómago más cerrados aún, hace su entrada bajo la forma de un elegante joven, pobre de bienes enajenables, rico de esperanzas y elocuente como cualquier necesitado en trámite de amores.

Una de las niñas, después de los saludos, continúa haciendo silbar su hilo en el bramante nuevo, mientras la otra abre los oídos a la música siempre adorable del amor prometido.

Y la lluvia, batiendo su compás, comienza de nuevo fuerte, calmada, violenta, bulliciosa, alternativamente acompañando con sus tonos dulcísimos las vibraciones de dos corazones henchidos de amor y de zozobra.

La lluvia lenta y suave canta en tono menor sus tiernas declaraciones, formula esperanzas, prodiga consuelos y adormece los cuerpos con sus secretas voces misteriosas.

La lluvia furiosa, torrencial, vertiginosa, relata batallas, catástrofes, aparta la esperanza, despedaza el corazón y hace brotar en los ojos esferas de cristal que, balanceándose en las pestañas, parece que vacilan antes de soltarse para regar la tierra maldita.

Más allá, en la vieja ciudad, se alza un convento sombrío, pesado, vetusto, como un elefante entre las casas; una ventana microscópica, trepada en la pared enorme, da paso a la luz que penetra sigilosamente en la celda de un fraile, para insultar, con la novedad de sus rayos, una cama vieja, una mesa vieja y una silla vieja también, tres muebles hermanos en flacura que instalaron allí su osamenta hace dos siglos y en los cuales mil generaciones de insectos han llegado en la mayor quietud a la edad senil. La bóveda amarillenta da

atadura a cortinas colosales de telarañas, donde yacen aprisionadas las momias de las moscas fundadoras y donde merodean silenciosas arañas calvas y sabandijas bíblicas enclaustradas, aun cuando no siguen la regla de la orden. Allí se han enloquecido de hambre las pulgas más aventureras e ingeniosas, y las polillas, después de haber roído todas las vidas de los santos, han entregado su alma al creador bajo los auspicios de la religión. Un libro con tapas de pergamino se aburre de sí mismo entre las manos de un padre también de pergamino, que mira desde la altura de sus ochenta años, con ojos mortuorios de ágata deslustrada, las letras seculares de las hojas decrépitas e indiferentes.

En el patio del convento crecen los árboles sobre las tumbas de los religiosos, y la lluvia que cae revuelve el olor a sepulcro de la tierra abandonada.

La mente del padre, huida de su cerebro, vaga por no sé dónde, mientras él, estúpido de puro santo y sordo de puro viejo, no oye los salmos que canta el agua desplomándose de los campanarios y azotando los claustros.

Las pasiones han abandonado su corazón. Ahí está sobre su silla gastada, vegetando en vida sensible solo al

tañido de la campana, único motor de su cerebro, hecho a despertarse a su llamado por la costumbre antigua y cotidiana; su cuerpo se ha secado y la estéril vejez sin dolores ni entusiasmos, marchitando sus sentimientos y despojando de aguijón sus días escasos, niega a su alma aislada en la oscuridad de sus sentidos las dulzuras inefables de la lluvia, que adormece al desfalleciente y arrulla al moribundo.

Y mientras el viejo duerme su vida, abandonado de sí mismo en su celda helada, la lluvia, saltando sobre los tejados, apurada por las calles, chorreando por las rendijas, mandando su agua por los albañales o formando arco iris en los horizontes, refresca, anima y vigoriza la naturaleza o enferma y destruye los gérmenes de la existencia humana.

Y mientras el viejo reposa sus órganos faltos de acción en su silla fósil, la lluvia, deslizándose por los muros grises, serpentea lentamente por las hendiduras, buscando su tumba al pie del edificio o, chocando con los obstáculos, produce con sus gotas desarticuladas un sonido de péndulo que convida a morir.

La lluvia redobla en las bóvedas; en la iglesia desierta resuena la voz del religioso que dice sus rezos con

murmullos nasales, teniendo a la soledad por testigo; las naves están frías, el piso yerto, los altares estáticos como decoraciones enterradas en el teatro de alguna ciudad ahogada por las cenizas de un volcán, y las imágenes de los santos, con los ojos fijos y los brazos catalépticos, parecen aterrorizadas por la lluvia que asedia, embiste y golpea las dobles puertas claveteadas.

***

En otra escena, en medio de la ciudad bulliciosa, los diarios de la mañana y de la tarde instalan, en sus columnas de telegramas, la biografía y el itinerario del último aguacero, según noticias venidas de cien leguas a la redonda; los pluviómetros marcan insolentemente la cantidad de agua caída en cada metro cuadrado, con la indiferencia científica de los datos físicos, y la poética, la sublime, la encantadora lluvia, pasando por la Bolsa de Comercio, experimenta la degradante y final transformación de delicias humanas, convirtiéndose en dato estadístico y objeto de especulación.

"Una lámpara opaca alumbraba escasamente con su luz indecisa el aposento, cuya atmósfera denunciaba la presencia de perfumes y la permanencia de personas cuidadas; había olor a recinto habitado por dama distinguida...

Colección
Lima Lee

